

Redes migratorias y transnacionalización de los mercados de trabajo en la agricultura: México y California

María Dolores París Pombo*

RESUMEN

Este artículo analiza la formación de circuitos migratorios entre México y California para explicar cómo la transnacionalización del capital agrícola y el crecimiento de los flujos financieros y comerciales con Estados Unidos inciden en la constitución de un mercado de trabajo binacional. Se señalan algunas limitantes del modelo de “redes migratorias” que ha sido ampliamente utilizado para explicar el aumento en las migraciones de trabajadores mexicanos, y se propone, en cambio, estudiar los nuevos flujos de población a zonas rurales de California como parte de una tendencia a la estratificación étnica de la mano de obra agrícola en ese estado.

PALABRAS CLAVE: redes, circuitos migratorios, agricultura, California.

ABSTRACT

Migratory networks and transnationalization of the labour markets in agriculture: Mexico and California. This article analyzes the formation of migratory circles between Mexico and California's agriculture in order to explain how the agricultural capital's transnationalization and the growth of the financial and commercial flows with the United States fall in the constitution of a cross-border labour market. We point out some limitations of the “migratory networks” model that has been widely used to explain the increase of the Mexican working immigrations. Instead, we propose to study the new flows of population to rural areas of California as a part of a tendency to ethnic stratification of the agricultural work force in that state.

KEY WORDS: networks, migratory circles, agriculture, California.

California ocupa el primer lugar en la agricultura en Estados Unidos con una producción anual de 28 mil millones de dólares, muy por delante de Texas, que tiene el segundo lugar. Produce la mitad de las frutas y verduras que se consumen en aquel país y ocupa también el primer lugar en exportación de productos

* Profesora-investigadora en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco.

agrícolas. La horticultura es un sector controlado por grandes corporaciones y la producción se realiza en megagranjas que emplean gran cantidad de trabajadores en ciertas épocas del año (fundamentalmente entre marzo y octubre).

De los 750 mil trabajadores agrícolas de California, la gran mayoría son inmigrantes y la mitad son indocumentados, pocos tienen representación sindical, el trabajo es agobiante y peligroso. La contratación de trabajo estacional o temporal cubre actualmente 85% de las necesidades de mano de obra para las cosechas. En California, 95% de los trabajadores agrícolas son inmigrantes, la enorme mayoría nacidos en México o de padres mexicanos. El 82% son hombres y la mitad de ellos inmigran temporalmente a Estados Unidos sin sus familias (California Institute for Rural Studies, 2001).

California es el principal destino de nuestros migrantes en el vecino país del norte, pues ahí se dirige, desde los años ochenta, más del 50% de ellos. Pero la circulación de trabajadores agrícolas no es el único flujo que comparten México y Estados Unidos. Como pretendo mostrar en este artículo, la formación de amplias y complejas redes migratorias de México hacia las regiones agrícolas de California es consecuencia de la transnacionalización del capital agrícola y de la integración de una sola región productora entre el noroeste mexicano y el suroeste estadounidense.

ALCANCES Y LÍMITES DE LAS REDES MIGRATORIAS

El concepto de "redes" tiene una larga historia en los estudios migratorios en México. Diversas investigaciones exploraron, a lo largo del siglo XX, las redes de parentesco, amistad y paisanaje para explicar los mecanismos de movilidad y la orientación de los flujos de población (Massey *et al.*, 1987).

Las redes migratorias actualmente son entendidas como una infraestructura social relativamente compleja en la que se insertan individuos, familias y comunidades. Constituyen entramados de relaciones interpersonales que adquieren funciones específicas (de apoyo mutuo, intercambio de favores, protección, información y orientación) durante el proceso migratorio. La participación de los individuos en las redes puede representar un capital social vital durante la movilización y el reasentamiento de los migrantes. A partir de los vínculos de

confianza y reciprocidad establecidos en las comunidades de origen, las redes dinamizan y sostienen los flujos de población entre múltiples localidades y permiten así la interconexión de espacios sociales distantes. Los nodos son territorios resignificados por la articulación de las propias redes migratorias.

Hace cerca de 25 años, los estudios sobre redes de parentesco y de paisanaje fueron fundamentales para transformar la discusión en torno a los procesos migratorios. Permitieron a las ciencias sociales ir más allá de las macroteorías sobre las migraciones que las concebían como movimientos provocados por factores estructurales casi inaprensibles: en particular las “famosas” fuerzas de atracción y de expulsión. Hablar de las “redes” fue regresar al estudio de los migrantes como actores sociales, con motivaciones, relaciones, intereses e identidades; observar la migración como un proceso social que provoca cambios importantes en la trama existencial de los individuos, en los valores, las normas y las formas de identificación de las familias y de las comunidades. En muchos casos, la investigación basada en el estudio de las redes sociales trató de demostrar que independientemente de factores socioeconómicos o políticos que constituyen las causas últimas de la migración, los flujos establecidos tienden a continuar con una relativa autonomía y un impulso propio aun cuando se diluyen esas causas.

Los individuos que emigran lo hacen a partir de contactos y mecanismos de movilidad establecidos por parientes, vecinos y amigos que emigraron antes que ellos. Sus motivaciones pueden ser muy diversas: los deseos de aventura (sobre todo en adolescentes varones), el miedo ante situaciones de violencia o de violaciones a los derechos humanos, la necesidad de encontrar empleo y de mantener a la familia, etcétera. Sin embargo, son las redes sociales las que establecen las conexiones y permiten que el proceso migratorio se desarrolle con relativa certeza y seguridad gracias a información crucial sobre el viaje y los lugares de destino. Las redes limitan considerablemente las decisiones individuales y las opciones de los migrantes sobre los recorridos y los lugares donde establecerán sus nuevos hogares.

Si bien los modelos y sistemas de redes explican aspectos importantes de la organización del proceso migratorio, tienen varias limitantes tanto internas como externas. El objetivo de este artículo no consiste en aplicar el modelo de redes a la migración de México

a California, sino describir primero la ampliación y diversificación de los flujos, para plantear después algunos problemas que quedarían fuera del modelo o que éste tendería incluso a ocultar. En relación con las limitantes externas, los estudios de redes han provocado el olvido o el menosprecio de factores que influyen de manera fundamental en los procesos migratorios, desde el sistema económico mundial, las políticas migratorias de los países centrales, las políticas económicas y los modelos de desarrollo impuestos en las regiones periféricas. La idea de que las redes dinamizan por sí mismas la migración internacional entra casi siempre en contradicción con múltiples aspectos que revelan los estudios de caso, en particular el papel activo de agentes externos a las comunidades migrantes y vinculados con el capital trasnacional o con instituciones de los países de origen y de destino. En el caso particular de las migraciones de México hacia la agricultura californiana, ubicamos por ejemplo a agentes como los llamados enganchadores, empresas contratistas de mano de obra, mayordomos (capataces en las empresas agrícolas) y agroempresarios estadounidenses o mexicanos que atraen por medio de todo tipo de incentivos económicos, de promesas y de intermediarios, a los peones indocumentados desde México o Centroamérica.

En cuanto a las críticas internas al modelo, me parece que la metáfora de la “red” esconde –bajo ideas de solidaridad, horizontalidad, lazos consanguíneos, apoyo mutuo, intercambio de favores– las enormes desigualdades que se producen y reproducen por medio de los vínculos sociales que favorecen la movilidad territorial. Las comunidades migrantes¹ dependen del poder ejercido por numerosos intermediarios, no sólo en el proceso migratorio (coyotes, polleros y raiteros²) sino también en las etapas previas al viaje (prestamistas) y durante el asentamiento en California: para conseguir

¹ Muchos autores hablan actualmente de “comunidades trasnacionales” debido a que las experiencias vitales de los individuos que integran estos grupos sociales y sus relaciones interpersonales se desarrollan cotidianamente a uno y otro lado de la frontera.

² El coyote conduce a un grupo de indocumentados a través del desierto o por rutas conocidas y relativamente “libres” de agentes migratorios, hasta alguna casa de seguridad. El pollero transporta a los migrantes en algún vehículo desde el lado mexicano hasta el lado estadounidense. Generalmente, su única “obligación” es cruzar la línea. El *raitero*, a su vez, se encarga de recoger a los migrantes en una casa de seguridad y llevarlos hasta su destino, en Estados Unidos.

trabajo, vivienda, escuela para los niños, e incluso comida, vestido, reposo y ayuda médica después del largo viaje a pie por el desierto, los recién llegados dependen de los paisanos y familiares ya asentados en California, quienes brindan estos servicios con la expectativa de ser remunerados económica, social o culturalmente en el futuro. Los intermediarios van así acumulando un capital monetario y simbólico que les brinda una posición de prestigio y de poder en la comunidad, además de permitirles, a mediano plazo, la acumulación de bienes, servicios y favores.

Desde mi punto de vista, si bien el concepto de redes ha resultado ser un instrumento muy útil para entender las formas de organización multilocal o transterritorial de los migrantes, hay una suerte de idealización de las mismas por parte de algunos investigadores que llegan a presentar a los emigrantes como los nuevos "sujetos transnacionales", capaces de eludir las fronteras nacional-estatales, de burlar las políticas de contención impuestas por los Estados del norte, de superar las formas clásicas de organización política de carácter regional y nacional para trascender así la política moderna y tornarse en ciudadanos colectivos en su pleno derecho de la globalización, en un mundo definido como postestatal y posimperial (Kearney, 1998).

Desde la década de 1980, algunos investigadores han pasado de un estudio de los migrantes-actores a una exaltación de la autonomía y de la fuerza de transformación contenida en la migración. A raíz de una crítica bien fundamentada de las teorías "push-pull" que predominaban en los estudios migratorios, los investigadores parecieron olvidar no sólo los factores económicos y políticos que obligan a los individuos y grupos sociales a desplazarse, sino también el proceso personal doloroso, en muchas ocasiones traumático, de desarraigo, abandono de los seres y de los lugares queridos, pérdida parcial y por periodos a veces prolongados, de los referentes fundamentales de la identidad. Cuando los intelectuales hablan de la capacidad de desafiar las políticas migratorias y las fronteras impuestas por los Estados para limitar el derecho de movimiento, parecen pasar por alto que año con año, cientos de emigrantes mexicanos perecen en el cruce.³

³ Desde el inicio de la llamada "Operación Guardián" impulsada en la frontera entre California y Baja California, se calcula que más de 3 000 mexicanos y

Por otra parte, la “red” no puede ser concebida como un tejido acabado de relaciones de parentesco y paisanaje, sino como una forma continua de integración y articulación de las comunidades migrantes con las poblaciones de los distintos territorios comprendidos en el circuito migratorio. Es decir, proponemos que las redes migratorias son esencialmente exógamas, en ellas intervienen continuamente actores externos, que van desde los agentes de migración y los políticos de los Estados expulsores hasta miembros de organizaciones no gubernamentales o de instituciones de salud y educación en los lugares de destino. Las redes son influidas y moldeadas también por intermediarios externos (enganchadores, contratistas) que actúan como agentes del capital. Así, el paso de la población a través de los circuitos migratorios se va adaptando a las cadenas productivas.

Algunos estudios recientes distinguen en este sentido las redes llamadas “naturales” con una tendencia endógama, de las redes “artificiales” formadas a partir de la intervención interesada de agentes del capital, de las instituciones públicas y de organizaciones no gubernamentales en las regiones de destino. Otros han elaborado complejos “sistemas de redes” con base en la intervención de múltiples actores pertenecientes o no a las comunidades migrantes (Fawcett, 1989). Finalmente, después de una fuerte crítica a la idea de que las redes por sí mismas dinamizan la migración, Krissman (1999, 2004) propone recuperar el concepto de “redes internacionales de migración”, considerando así la participación de actores diversos, en las regiones de origen y de destino (prestamistas, coyotes, contratistas, etcétera), que se interrelacionan en distintos niveles en el proceso migratorio.

Las redes internacionales de migración proveen los medios para que los sectores productivos que dependen del trabajo intensivo durante ciertas épocas del año –como la agricultura– tengan acceso a un amplio ejército industrial de reserva. Por lo tanto, resulta evidente que estas redes están imbricadas en los circuitos transnacionales del capital. De alguna manera, el capital logra incluso desentenderse de

centroamericanos han muerto al tratar de cruzar la línea. El refuerzo de la seguridad y la construcción de alta vallas en los límites con el territorio mexicano, obligan a los indocumentados a cruzar por territorios inhóspitos y muy peligrosos. Muchos perecen por hipotermia o deshidratación, en las regiones desérticas de California, Arizona y Texas (Nevins, 2003 y CRLAF, 2004).

costos y obligaciones que debería asumir, como la del reclutamiento de mano de obra, su capacitación y supervisión (Krisman, 2000:279). Es así muy frecuente que los mayordomos sean ellos mismos inmigrantes latinos con referentes culturales binacionales que resultan esenciales para el control cotidiano y la supervisión de los trabajadores mexicanos y centroamericanos. El alto *turn-over* en las empresas agroindustriales, además de la demanda elevada de mano de obra con baja calificación, se compensan continuamente por medio de la ampliación de las redes internacionales y del influjo permanente de recién llegados.

CIRCUITOS MIGRATORIOS, CIRCUITOS DE CAPITAL

En relación con las limitantes externas de las teorías de redes, es decir la perspectiva “objetiva” de la transformación de los espacios sociales y de los movimientos de población, diversos autores han sustituido aquel concepto por el de “circuitos migratorios” (Sassen, 1998; Castles, 2000). El estudio de los “circuitos” destaca la transformación e interconexión de territorios y localidades distantes, mediante flujos comerciales, financieros, migratorios y de comunicación, a partir de formas transnacionales de reproducción ampliada del capital y de conformación de los mercados de trabajo. El concepto de “circuitos” nos permite entender cómo se interrelacionan territorios específicos en función no sólo de las motivaciones subjetivas y de las relaciones personales de los migrantes, sino fundamentalmente de acuerdo con las necesidades del capitalismo transnacional. Las propias redes migratorias se adaptan así a las necesidades de los mercados de trabajo y a las formas de flexibilidad impuestas por el capital global.

En resumen, los flujos migratorios deben entenderse en su interconexión con los flujos comerciales, financieros y de información, con las necesidades económicas y políticas de las élites en el poder en los países centrales y periféricos. No son propiamente las enormes desigualdades socioeconómicas las que provocan la migración de los países periféricos a los centrales, sino la interdependencia entre las regiones expulsoras y receptoras en una economía política cada vez más mundializada. Entre las regiones de emigración y las de inmigración, persisten además múltiples conexiones que tienen que

ver con las inversiones y el comercio. Los circuitos migratorios suelen estar ligados además al desarrollo de mercados locales de trabajo.

En el caso particular de los migrantes mexicanos que se dirigen hoy en día hacia los campos agrícolas de California, muchos de ellos provienen de comunidades que en México tenían ya una larga experiencia de migración doméstica rural-rural. Por ejemplo, los mixtecos y triquis que conforman actualmente el sector más depauperado y explotado de la mano de obra agrícola en California, migraron en su mayoría desde la década de 1960 hacia los estados del noroeste de México: Sinaloa, Sonora y Baja California. Esta región agrícola se fue integrando desde entonces a la acumulación internacional, dependió cada vez más de las inversiones estadounidenses y japonesas entre otras, y se especializó para abarcar áreas de la producción (como por ejemplo la cosecha y el envase del jitomate) a medida que California se dedicaba a otros cultivos (Velasco, 2002).

En la actualidad, la región Noroeste de México y California constituye una zona agrícola única, que comparte tanto el capital como la tecnología, el empresariado y la fuerza laboral. Desde hace más de 30 años, la burguesía agrícola de toda la región –y a ambos lados de la frontera– se encuentra asociada a través de la United Fresh Fruit and Vegetable Association (UFFVA). Muchos empresarios mexicanos tienen inversiones en California, como el multimillonario neoleonés Alfonso Romo Garza, dueño de una trasnacional, ubicada en Salinas, que controla la producción de semillas de cerca de 40% de las frutas y verduras vendidas en los supermercados estadounidenses (Beiser, 2003). La trasnacionalización del mercado de trabajo no es más que una de las caras de los circuitos formados a ambos lados de la frontera.

De acuerdo con Laura Velasco, “Los mercados de trabajo trasnacionales pueden definirse en la medida en que el proceso productivo combina al menos tres elementos que provienen de sistemas de Estados nacionales distintos: territorio, capital y fuerza de trabajo. Esta definición opera para el caso de los mercados de trabajo agrícola a los que asisten los mixtecos en ambos lados de la frontera” (Velasco, 2002:66).

Los estados de Baja California y Sonora, en el noroeste de México, comparten con Estados Unidos una frontera de 810 kilómetros. El sector agroempresarial está unido, como lo vimos, a partir de asociaciones y organizaciones con miembros relevantes en ambos países.

Importantes inversionistas mexicanos son propietarios de grandes empresas de punta en el sector agrícola estadounidense y a la inversa, muchos empresarios de aquel país poseen fuertes intereses económicos en la horticultura mexicana de exportación. Finalmente, muchos de los peones agrícolas que laboran en Baja California, Sonora y Sinaloa emigran para buscar mejores oportunidades en el vecino país del norte.

Cada invierno, cuando acaba la temporada agrícola en California, decenas de miles de jornaleros agrícolas –muchos de ellos originarios del sureste de México– cruzan la frontera de norte a sur para trabajar, durante unos meses, en los campos de Sinaloa, y aprovechan así para visitar a sus familiares. Cuando llega la primavera, nuevamente grandes flujos de migrantes tratan de cruzar la línea para dirigirse a los Estados Unidos. A pesar del aumento en la peligrosidad del cruce, del deterioro creciente de los salarios y de las condiciones laborales en la agricultura estadounidense, los mayordomos y contratistas tienen asegurada la formación de cuadrillas incluso en el momento pico de la temporada, durante los meses de julio y agosto.

El actual proceso de trasnacionalización de los mercados de trabajo ha favorecido el aumento continuo de la competitividad de la agricultura estadounidense con la precarización del trabajo y la flexibilización del proceso laboral. Las necesidades de mano de obra muy barata en campos de horticultura, vitivinicultura y fruticultura, prescindible en ciertas épocas del año o del ciclo productivo, permiten la absorción de un creciente número de inmigrantes, de preferencia carentes de derechos y de capacidad organizativa. En este sentido, la ilegalización de la mano de obra mexicana que inmigra sin documentos, es decir, la generalización de un discurso que criminaliza la migración y la obliga a subsistir casi en la clandestinidad, favorece indudablemente el deterioro de las condiciones de vida de los indocumentados, al despojarlos de derechos sociales y económicos.

Las condiciones sociales y jurídicas en las que se ven obligados a trabajar los inmigrantes indocumentados en Estados Unidos han llevado a muchos analistas a hablar de un trabajo forzoso (*unfree labour*) que da lugar a violaciones continuas a las leyes laborales vigentes, violencia permanente en los lugares de trabajo, amenazas de deportación y represión ante los intentos de sindicalización o simplemente ante cualquier voz de desacuerdo con las condiciones impuestas por el capital. El racismo y la xenofobia han funcionado,

en este sentido, como factores fundamentales de desvalorización y de opresión. El racismo no es sólo una justificación ideológica de las condiciones de desigualdad, sino sobre todo un mecanismo de alienación, es decir, de deshumanización del inmigrante.

La ilegalización de la migración en Estados Unidos permite contraer o aumentar la mano de obra de acuerdo con los ciclos de la producción y del capital. Los peligros de deportación pesan de manera permanente sobre los inmigrantes, obligándolos a vivir en una situación de clandestinidad, a adquirir documentos falsos en el floreciente mercado negro y a depender estrictamente de la "buena voluntad" de los empleadores que se "hacen de la vista gorda" en el momento del contrato. De hecho, existen distintos acuerdos explícitos o implícitos entre los dueños del capital y las autoridades migratorias, de tal manera que las amenazas de deportación raramente se hacen efectivas en regiones con alta necesidad de mano de obra barata.

Pero la discriminación y la amenaza de ilegalización penden no solamente sobre los migrantes indocumentados, sino también sobre los descendientes de latinoamericanos o los mestizos, quienes por sus rasgos fenotípicos o su identidad cultural corren también el riesgo de ser tratados como ilegales, desvalorizados o criminalizados. De esta manera, la opresión cultural a partir de estereotipos, estigmas y prejuicios pesa sobre casi toda la población latina. Esto explica las condiciones evidentemente desfavorables en las que viven actualmente los latinos –y particularmente los mexicano-americanos– en los Estados Unidos.

INMIGRACIÓN Y ESTRATIFICACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO EN LA AGRICULTURA CALIFORNIANA

Desde el siglo XIX, la agricultura de California ha obtenido sus inmensas ganancias mediante el continuo flujo de mano de obra muy barata y muchas veces de trabajo forzoso obtenido con base en la inmigración, pero también en la discriminación y segregación de los pueblos originarios y de los hispanos que vivían en ese territorio antes de la anexión. A partir de entonces los agricultores dependían de trabajadores que generalmente no eran blancos sino nativos americanos, chinos, japoneses, filipinos, hindúes y mexicanos (Weber, 1994). La excepción fue, desde luego, el periodo ulterior a la Gran

Depresión, es decir durante la década de 1930, con la llegada de miles de desplazados originarios del suroeste americano, fundamentalmente de Oklahoma, Arkansas y del este de Texas. Los llamados *okies*, pequeños granjeros blancos depauperados que huían de la hambruna, llegaron durante esa década a engrosar las filas de trabajadores agrícolas temporales y a instalarse en los improvisados campamentos hechos de tiendas, camiones y “trailers”.⁴

En la segunda mitad del siglo XIX, el racismo permitió la formación de un grupo hegemónico anglo que construyó su poderío económico, político y cultural por medio de la violencia racial, la exclusión y el saqueo. Los pobladores anglos y europeos, muchas veces inmigrantes blancos recién llegados, atraídos por los ricos valles propicios para la agricultura —ese nuevo cuerno de la abundancia que parecía más prometedor aún que la quimera del oro— se apropiaron de las tierras y sometieron a los habitantes de la región: los nativos americanos y los pobladores hispanos (los llamados *californios*). Después de atraer a miles de hombres chinos en la construcción de los ferrocarriles, se desataron campañas de xenofobia que justificaron desde la ilegalización de la población china y la expulsión de nuevos migrantes (a través del Acta de Exclusión China de 1882) hasta la violencia generalizada, los linchamientos de ciudadanos chinos y las masacres (Lydon, 1985). A pesar de ello, en el último cuarto del siglo XIX los agricultores empezaron a emplear mano de obra china con salarios extremadamente bajos, en ocasiones a cambio simplemente de techo y alimento.

Uno de los discursos difundidos desde entonces por los dueños de las tierras era la amenaza de escasez de mano de obra, en particular durante las cosechas. En realidad, la historia de la agricultura en California parece mostrar que el peligro real era el aumento de los salarios y de las prestaciones laborales (Weber, 1994:38). Por lo tanto, los terratenientes respondían fundamentalmente al interés de tener permanentemente un ejército de reserva para sostener la compresión salarial.

⁴ Esas familias *okies* obligadas a dejar sus granjas y emprender el éxodo cruzando el extenso desierto de Arizona para llegar a California como la “tierra prometida”, pero que al llegar se veían obligadas a aceptar condiciones de trabajo infrahumanas y a compartir la miseria de los trabajadores hispanos, son protagonistas de algunas de las novelas de John Steinbeck, en particular *Las uvas de la ira* (1939).

La sustitución étnica de la fuerza de trabajo es otro fenómeno característico de la agricultura californiana. Debido a las difíciles condiciones de vida, a la inseguridad y a los bajos ingresos, apenas encontraban la oportunidad de moverse hacia las ciudades, a la industria o a los servicios, muchos inmigrantes dejaban el trabajo en los campos. La entrada de sucesivos flujos poblacionales permitía entonces la sustitución laboral por sectores de inmigrantes recién llegados.

A partir de la puesta en marcha del Programa Bracero, entre 1942 y 1967, aumentó de manera continua la proporción de trabajadores mexicanos en los campos de California. Los braceros eran principalmente hombres solos, en su gran mayoría provenientes del noroeste y oeste de México. La migración temporal bajo ese esquema creó vínculos sociales y culturales entre las comunidades de origen y los lugares de destino de tal manera que la dinámica migratoria no sólo se mantuvo después del programa sino que tendió a aumentar a partir de los procesos de reunificación familiar. Los estados tradicionales de expulsión, como Zacatecas, Guanajuato, Michoacán, Jalisco y Durango, siguen siendo hasta la actualidad regiones de fuerte emigración internacional.

Resulta interesante el comentario de Felipe López y David Runsten (2004) cuando hablan del Programa Bracero como una especie de *super-enganchador*, pues el papel del Estado mexicano en ese programa aparece como de intermediación en los mercados laborales binacionales. Mediante ese programa, cerca de cinco millones de mexicanos, en su enorme mayoría varones, fueron contratados para trabajar en la agricultura, la industria y los servicios en los Estados Unidos.

Lejos de detener el flujo migratorio, la terminación del Programa Bracero provocó un aumento de la migración no controlada. Al no tener la certeza de poder regresar durante la siguiente temporada agrícola, muchos de los ex braceros no sólo se quedaron en los Estados Unidos sino que llevaron a sus familias.

En las dos últimas décadas, los flujos de migración internacional han tendido a diversificarse. Prácticamente todo el territorio mexicano se ha transformado en zona de emigración hacia el norte: de acuerdo con el Consejo Nacional de Población (Conapo), 96% de los municipios del país registran actualmente algún vínculo migratorio con Estados Unidos (Conapo, 2002). Muchas regiones agrícolas del sur de México viven actualmente un verdadero éxodo y dependen crecientemente

de las remesas internacionales: en particular el sur del Estado de México, Morelos, el norte de Guerrero, el sureste de Puebla y las mixtecas oaxaqueña, guerrerense y poblana. Estas regiones presentan una intensidad migratoria “tan alta como la que se observa en el corazón de la región tradicional”.⁵

Un cambio importante en los patrones migratorios ha sido el crecimiento de la emigración de mujeres y niños (aun cuando el cruce indocumentado se da generalmente en condiciones de extrema peligrosidad) y el aumento de los flujos poblacionales desde las regiones indígenas. Actualmente la migración internacional desde algunas regiones indígenas se ha vuelto un fenómeno tan extenso que comunidades enteras han sido despobladas, como es el caso de la región Mixteca. A partir de redes de parentesco y paisanaje, muchas familias dejan sus tierras y sus casas para buscar oportunidades laborales en el lejano país del norte. La migración transnacional se ha vuelto así una estrategia de supervivencia comunitaria.

A partir de la década de 1990, la mano de obra agrícola en California está constituida, en más de 10%, por trabajadores mixtecos (Runsten y Kearney, 1994). Este pueblo pasó así a constituirse en el grupo indígena más numeroso que habita California, superando a los pueblos nativos estadounidenses.

Si bien la migración de hombres mixtecos hacia Estados Unidos se inició con el Programa Bracero, fue sobre todo a inicios de la década de 1980, durante la crisis agrícola en México y con el descenso drástico de los salarios, cuando miles de varones empezaron a dejar temporalmente a sus familias en Oaxaca o en los campos agrícolas del noroeste de México para buscar trabajo en California. La migración mixteca está marcada también por la experiencia previa de trabajo en la región agroexportadora de los estados de Sinaloa, Sonora y Baja California, propiciada y dirigida a partir de los llamados “enganchadores”; es decir, de un sistema de intermediación que permitió a los agroempresarios del noroeste surtirse de mano de obra muy barata, flexible y con poca o nula experiencia sindical en algunas regiones indígenas del sur de México. Por medio de ese sistema, se formó una ruta migratoria hacia el Valle de

⁵ Se construye este índice de intensidad migratoria a partir del papel de las remesas en la economía local, del número de familiares en Estados Unidos y del número de retornados entre 1995 y 2000 (Conapo, 2002).

Culiacán (Sinaloa), que se extendió después hacia el Valle de San Quintín (Baja California) y al de Hermosillo (Sonora). Para el inicio de la década de 1980, muchos de los migrantes indígenas originarios de Oaxaca se habían aventurado a cruzar la frontera para buscar trabajo temporal en los estados de California, Oregon y Washington.

Desde 1986, gran número de varones mixtecos lograron regularizar su estatus migratorio a través del Acta de Reforma y Control de la Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés) y empezaron a llevar a sus familiares. La regularización de la condición migratoria favoreció una movilidad sociolaboral de la agricultura hacia los servicios. Mestizos e indígenas mixtecos o purépechas que se encontraban en empleos inestables o mal pagados en los campos, buscaron mejores trabajos en los pueblos y ciudades, en las agroindustrias, el turismo, los restaurantes, etcétera.⁶ Rápidamente, nuevos inmigrantes indocumentados ocuparon sus lugares. Así, pueblos que carecían prácticamente de experiencia migratoria internacional, como los triquis de San Juan Copala y los mixtecos de Guerrero, empezaron a cruzar la frontera a fines del siglo pasado y constituyen actualmente el sector más desfavorecido de la mano de obra agrícola en las plantaciones de verduras y de frutas en el oeste de los Estados Unidos.

A inicios de la década de 1980, entre 45 mil y 55 mil mixtecos trabajaban en la agricultura californiana. La proporción de migrantes indígenas del sur de México en el trabajo agrícola de California casi se duplicó durante esa década, pasando de 6.1% (1993-1996) a 10.9% (1997-2000) (Runsten y Kearney, 1994; Fox y Rivera, 2004).

Las migraciones de indígenas oaxaqueños tienen actualmente características diversas en función de las necesidades específicas de los mercados de trabajo, de las redes tejidas entre diversas etapas migratorias y de los ciclos de vida de las familias en comunidades multilocales (Fox y Rivera, 2004). Existe una importante trasmigración de varones solos que trabajan temporalmente en las ciudades y en

⁶ Felipe H. López y Runsten (2004) analizan algunas diferencias importantes entre la migración de zapotecos y mixtecos a California: señalan que mientras los primeros tienden a emigrar hacia áreas urbanas y emplearse en los servicios, los segundos emigran generalmente hacia las zonas rurales y trabajan en el sector agrícola. De acuerdo con estos autores, este patrón migratorio diferente puede deberse a las redes tejidas a lo largo de varias décadas desde las comunidades de la Mixteca hacia los campos agrícolas del noroeste de México y de California, con la intermediación de los contratistas y enganchadores.

los campos y regresan cíclicamente a sus comunidades de origen. Muchos de los varones que trabajan durante la temporada de cosecha en la uva o en las verduras en el oeste de los Estados Unidos, son solteros y muy jóvenes, algunos van entrando apenas a la adolescencia. Los migrantes temporales o definitivos a las ciudades (Los Ángeles principalmente) buscan trabajo en la albañilería, los restaurantes y en el comercio informal. Por otro lado, ha aumentado proporcionalmente la migración de tipo familiar y comunitaria que tiende a asentarse por largos periodos en las regiones agrícolas, en particular en los Valles Centrales y en la Costa Central, así como en las periferias de las grandes ciudades. Debido al crecimiento continuo de la inseguridad en la zona fronteriza y al elevado costo del viaje indocumentado (de 2 000 a 3 000 dólares desde Oaxaca), los ciclos migratorios han tendido a alargarse y se ha prolongado considerablemente la permanencia en los Estados Unidos, incluso durante los periodos de contracción del mercado de trabajo. Además, el descenso de los salarios y el alto costo de los servicios obligan a los migrantes a aumentar el número de trabajadores por cada unidad familiar para permitir el ahorro y el envío de remesas a las comunidades de origen. De esta manera, es frecuente que después de cruzar dos o tres veces solos la frontera, los hombres casados realicen el siguiente viaje con su esposa y con algunos de los hijos.

Las necesidades estacionales de mano de obra por parte de la agricultura especializada influyen de manera decisiva en las condiciones de inseguridad del trabajo en California: cada año, en periodo de cosechas, amplios contingentes de hombres y mujeres de todas las edades son requeridos durante un periodo corto de trabajo intensivo. Cuando termina la estación, esos trabajadores sobran, se vuelven innecesarios. La agricultura de California requiere entonces de mucha mano de obra muy barata, disponible para la temporada de cosecha pero dispuesta después a desaparecer. Resulta siempre conflictivo desde el punto de vista social, durante la larga estación invernal, ese "sobrante" de trabajadores y de familias enteras temporalmente desocupadas y sin ingresos.

A pesar del crecimiento del producto agrícola y del auge de las ganancias en las grandes corporaciones agroindustriales, en particular en la producción de frutas y verduras, el salario en el campo se ha reducido continuamente. En algunos sectores, como la uva, esa reducción ha sido superior a 40%. Así, en contraste con

las altas ganancias de los dueños de la agricultura, los trabajadores del campo tienen los ingresos más bajos de toda la población: el ingreso medio anual por familia es de 17 700 dólares y sólo de 9 828 dólares anuales por trabajador. Tienen también los niveles de vida más bajos entre la población ocupada: así, 38% de los trabajadores agrícolas se encontraban por debajo de los niveles de pobreza en 1997 (Bugarin y López, 1998).

El deterioro salarial y de las condiciones de vida se debe al poder de negociación cada vez más bajo de los sindicatos y a la recomposición continua de la fuerza laboral mediante prácticas complejas de contratación basadas en la segmentación y la sustitución étnica. Los trabajadores indígenas aceptan las condiciones de explotación impuestas por el capital porque casi todos ellos carecen de documentos para trabajar en Estados Unidos y se encuentran por lo tanto en situación de gran vulnerabilidad, no hablan inglés y hablan poco castellano. Además, por malas que sean ahí sus condiciones de trabajo, son mejores que las que lograrían en los campos del noroeste de México.

CONCLUSIONES

La experiencia histórica de la migración mexicana a California muestra la tendencia a la renovación constante de la mano de obra que trabaja en la agricultura, a partir de la sustitución étnica y de la violación de los derechos humanos, sociales y económicos de los trabajadores inmigrantes. La abundancia de trabajadores, las condiciones culturales de los mismos y su desamparo jurídico permiten sistemas de explotación que no se rigen por leyes ni necesitan acatar los derechos laborales o las normas vigentes.

Los circuitos migratorios por los que se desplazan nuevos flujos de población desde regiones periféricas como el sureste de México hacia las regiones agrícolas más prósperas de los Estados Unidos, responden a una integración económica de largo plazo y a nuevas formas de subordinación de la economía mexicana, donde la movilidad de la mano de obra y la ilegalidad de la migración son factores fundamentales para el aumento de las ganancias de las corporaciones agrícolas y para la contracción artificial de los salarios. Así, la competi-

tividad de la agricultura estadounidense descansa en gran medida sobre la desvalorización de los jornaleros indocumentados.

La integración económica por medio de la migración no sólo afecta las características del mercado de trabajo transnacional –es decir la articulación funcional entre zonas expulsoras y zonas receptoras de mano de obra– sino también los flujos financieros, productivos, comerciales, de información y de comunicación. En otros términos, las redes migratorias se van tejiendo de acuerdo con las necesidades del capital global.

BIBLIOGRAFÍA, HEMEROGRAFÍA Y DOCUMENTOS

- Beiser, Vince (2003), "Harvest of Pain", *LA Weekly*, vol. 26, núm. 1, noviembre 28-diciembre 4.
- Bugarin, Alicia y Elías López (1998), "Farmworkers in California", *California Research Bureau*, julio, Sacramento.
- California Institute of Rural Studies (2001), "Who does California farmwork?", *Rural California Report*, vol. 12, núm. 3, otoño, pp. 10-12.
- California Rural Legal Assistance Foundation (CRLAF) (2005) [<http://www.stopgatekeeper.org>].
- Castles, Stephen (2000), *Ethnicity and globalization. From Migrant Worker to Transnational Citizen*, Sage Publications, Londres, California, Nueva Dehli.
- Conapo, *Índices de intensidad migratoria, 2002*, en Consejo Nacional de Población [<http://www.conapo.gob.mx>].
- Fawcett, J. (1989), "Networks, Linkages, and Migration Systems", *International Migration Review*, 23 (3), pp. 671-680.
- Fox, Jonathan y Gaspar Rivera-Salgado (2004), "Building Civil Society among Indigenous Migrants", en Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (eds.), *Indigenous Mexican Migrants in the United States*, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- Kearney, Michael (1998), "Transnationalism in California at End of Empire", *Border Identities: Nation and State at International Frontiers*, Thomas Wilson y Hasting Donnan (eds.), Cambridge University Press, Cambridge.
- Krissman, Fred (1999), "Agribusiness Strategies to Divide Workers by Class, Ethnicity and Legal Status", en P. Wong (ed.), *Race, Ethnicity and Nationality in the United States*, Westview Press, Inc., Boulder.
- Krissman, Fred (2004), "Apples and Oranges?: recruiting indigenous Mexicans to divide farm labor markets in the western US", en Fox y Rivera-Salgado, *Indigenous Mexican Migrants in the United States*, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego.

- Lawson, Victoria A. (1998), "Hierarchical households and gendered migration in Latin America: feminist extensions to migration research", *Progress in Human Geography*, núm. 22, pp. 39-53.
- López, Felipe H. y David Runsten (2004), "Mixtecs and Zapotecs Working in California: Rural and Urban Experiences", en Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (eds.), *Indigenous Mexican Migrants in the United States*, La Jolla, Calif., Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego.
- Lydon, Sandy (1985), *Chinese Gold. The Chinese in the Monterey Bay Region*, Capitola, California.
- Massey, Douglas; Rafael Alarcón, Jorge Durand y Humberto González (1987), *Return to Aztlan*, University of California Press, Berkeley.
- Nevins, Joseph (2003), "Thinking Out of Bounds: a Critical Analysis of Academic and Human Rights Writings on Migrant Deaths in the US-Mexico Border Region", *Migraciones internacionales*, vol. 2, núm. 2, julio-diciembre, México, pp. 171-190.
- Runsten, David y Michael Kearney (1994), *A Survey of Oaxacan Village Networks in California Agriculture*, California Institute for Rural Studies, Davis, California.
- Sassen, Saskia (1998), *Globalization and its Discontents. Essays on the New Mobility of People and Money*, The New Press, Nueva York.
- Steinbeck, John (2001), *Las uvas de la ira*, Cátedra, Letras Universales, Madrid (primera edición en inglés en 1939).
- The California Endowment (2001), "Suffering in Silence: Who Are California's Agricultural Workers?", *The California Endowment*, The California Institute for Rural Studies, Davis, California.
- Velasco, Laura (2002), *El regreso de la comunidad: migración indígena y agentes étnicos. Los mixtecos en la frontera México-Estados Unidos*, El Colegio de México y El Colegio de la Frontera Norte.
- Weber, Devra (1994), *Dark Sweat, white gold. California Farm Workers, Cotton, and the New Deal*, University of California Press, Berkeley.
- Zabin, Carol y Sally Hughes (1995), "Economic Integration and Labor Flows: Stage Migration in Farm Labor Markets in Mexico and the United States", *International Migration Review*, 29 (2), pp. 395-422.